

Sobre heroínas y tumbas

Clara y Sara

Por Laura Rozenberg

En septiembre de 2018 viajé por primera vez al Japón. Lo que prometía ser una oportunidad única para consolidar un vínculo formal y productivo para mi proyecto del museo de origami en Uruguay, y además conocer a varias personas, incluyendo las del grupo JOAS y figuras legendarias como la viuda de Akira Yoshizawa y el maestro de historia de origami, Masao Okamura, se convirtió en la experiencia más desventurada de mi vida en torno al origami. Un giro tortuoso como una burla cósmica anuló todo lo que con paciencia y amor se había ido tejiendo en los meses previos. El resultado fue tan surrealista que aún me cuesta ponerlo en palabras; tampoco quiero herir sensibilidades. A mi regreso, las horas en Tokio me hicieron evocar, noche tras noche, las peores pesadillas de Francisco de Goya. Pero esto ya es pasado y por fortuna he logrado rescatar momentos buenos como la historia que pasaré a relatar, que además me dio pie para una interesante búsqueda histórica.

Pues bien, ajena a lo que ocurriría pocos días más tarde, la primera jornada de mi estadía en Tokio transcurrió luminosa y encantadora. El tiempo en septiembre aún estaba agradable y caminé durante horas por los barrios de arquitectura cambiante. Me interné por los bosques del templo Meiji y fotografié los enormes *shimenawa* de los que penden largas piezas en zig-zag, *los shide*, la forma más antigua de plegado en Japón. Al salir, constaté con el GPS de mi celular que no estaba lejos del Cementerio de Aoyama. Es ahí donde se encuentra el monumento a Clara Zitelmann, la maestra alemana que a mediados del siglo XIX llevó el concepto de jardín de infantes al Japón e introdujo en las escuelas japonesas los postulados de Frederick Froebel acerca del juego y la relación de los niños con la naturaleza. Froebel fue el inventor del juguete didáctico y entre las numerosas ideas que desarrolló, se cuenta el plegado froebeliano, una técnica exploratoria sobre las formas y la belleza de la transformación aplicadas a un cuadrado de papel.

Apuré mis pasos para llegar al cementerio antes de que la oficina de informes cerrara a las seis de la tarde. Allí me atendió un señor que aparentaba una edad muy avanzada, y en un diálogo de señas le expliqué mi interés por encontrar la tumba de Clara Zitelmann. El hombre se sorprendió pues la mayoría de los turistas solo se acercan hasta allí para visitar la tumba de Hachiko, el perrito que durante nueve años posteriores a la muerte de su amo regresaba a diario a la estación de trenes para esperarlo tras la jornada laboral como lo había hecho siempre. El animal, sepultado junto a su dueño, se convirtió con los años en el símbolo más tierno de la lealtad en Japón.



Monumento a Clara Zitelmann en el Cementerio de Aoyama, Tokio

El hombre de la mesa de informes abrió archivos, revisó libretas ajadas, recorrió con su dedo listados en escritura minúscula y de pronto me miró con una sonrisa triunfal. Rápidamente tomó un mapa del cementerio y me marcó el lugar del monumento a Clara Zitelmann.

Con mapa y todo creo que llegué de casualidad porque el sitio recordaba al jardín de los senderos que se bifurcan. No estaba lejos de la tumba

de Hachiko, donde me detuve unos momentos. Un poco más allá, en una especie de calle en medialuna, se encontraba el área de los extranjeros, las únicas lápidas con nombres escritos en caracteres occidentales. En ese improbable orden de monolitos solemnes apareció de pronto una piedra con una inscripción en japonés y la alegoría gráfica sobre Clara Zitelmann. Entre tanto gris, parecía un festejo sacado de contexto.



Se trata de una mayólica de más o menos medio metro de largo por cuarenta centímetros de alto que representa una ronda de niños. Hay tres mujeres adultas en distintas posiciones de la ronda ataviadas, al igual que los niños, con kimonos de extraordinaria belleza. Las figuras parecen flotar en un fondo luminoso rosa pálido, como una suave luz de crepúsculo. Es todo tan japonés que por un instante uno llega a olvidarse de que una de las mujeres allí representadas es Clara Zitelmann, (las otras dos son Hama Kondo y Fuyu

Toyoda, maestras auxiliares de su equipo) y que la acción en sí misma no es para nada oriental: la ronda en la que se canta una canción era uno de los juegos que conformaban el ideario del jardín de infantes froebeliano.

Hay un sincretismo en esa representación que es casi un ukiyo-e (“pinturas del mundo flotante”), como si el propósito hubiese sido reemplazar lo evanescente del papel washi sobre el cual se estampaban las xilografías en el período Edo, por una construcción durable, la mayólica, que apela a una estética occidental.



Detalle de la mayólica mostrando a Clara Zitelmann

Curiosamente, Clara Zitelmann no yace allí. Sus restos están en Berlín. En Aoyama se encuentran su esposo y la hija de ambos. La mayólica se ha colocado allí para “compensar” la falta, durante muchos años, de un homenaje a la mujer que ayudó a modernizar el Japón a través de la educación preescolar. El motivo de la ronda tampoco fue elegido al azar. Clara era la única maestra con instrucción musical y fue durante la inauguración del jardín de infantes donde por primera vez en Japón los niños bailaron y cantaron en público acompañados por un piano.

Con apenas 22 años, Clara había llegado al Japón en 1876 para casarse con su prometido, Hazama Matsuno, a quien había conocido en Berlín mientras el joven realizaba estudios superiores en ingeniería forestal. Ambos tenían planes muy ambiciosos y, de hecho, los cumplieron con creces. Hazama creó la primera escuela de forestación en Japón, mientras que Clara se propuso abrir el primer jardín de infantes, cosa que logró en tiempo récord, antes de finalizar su primer año de estadía en su nuevo país. Con el apoyo incondicional de su novio, Clara había estudiado en la escuela de Froebel, la única que promovía los beneficios de la enseñanza preescolar. Y lo hizo en el momento exacto ya que el Japón necesitaba herramientas para cerrar la brecha de atraso que se

tornó evidente cuando la Restauración Meiji, a partir de 1853, restableció las comunicaciones con el mundo, tras varios siglos de aislamiento comercial. El gobierno entendía la importancia de la educación y los buenos contactos de la pareja hicieron el resto. Clara quedó a cargo de la dirección del jardín de infantes asociado a la Escuela Normal de Mujeres de Tokio (hoy en día convertido en la Universidad de Ochanomizu).

Aunque solo permaneció cinco años al frente del establecimiento, Clara dejó su huella. En los siguientes años se creó el profesorado de educación preescolar y se abrieron en Japón más de 500 jardines de infantes a los que concurrían más de 13.000 niños menores de seis años.

Esto último lo leí a mi regreso, revisando actas antiguas. La referencia se encontraba en un discurso pronunciado por Sara Chamberlain de Eccleston, la “abuela de los jardines de infantes” en la Argentina. Sara fue otro exponente de aquel verdadero regimiento de mujeres intrépidas, prácticas y capaces que se lanzaron por el mundo más o menos hacia la misma época a pregonar el nuevo evangelio froebeliano. En abril de 1894 allí estaba Sara, bella y esbelta, sobre una tarima en la calle Viamonte al 1500, en el centro de la ciudad de Buenos Aires, hablándole a una multitud de varones y mujeres miembros de la Unión Froebeliana Argentina. Al igual que Clara Zitelmann, Sara había arribado a un país desconocido para ser parte de un movimiento transformador. Aunque nunca cruzaron sus pasos, sus vidas muestran sorprendentes paralelismos.

Sara había nacido en Lewisburg, Pensilvania, en el seno de una familia protestante acomodada. Casada con un oficial del ejército estadounidense, a los 35 años quedó viuda con dos hijos y aunque su familia no estuvo muy de acuerdo, ingresó a la Escuela Normal de Ruth Burritts, donde se especializó en educación preescolar basada en el sistema de Froebel.

Sara se recibió en 1877, el año en que Clara, en Japón, se ponía al frente del primer jardín de infantes. Ese mismo año, Sara conoció en Boston a Domingo Faustino Sarmiento, por entonces ministro plenipotenciario de la Argentina en los Estados Unidos (años más tarde llegaría a ser presidente de la república y “padre de la educación en la Argentina”, como se lo venera hasta el día de hoy).



Sara Eccleston

El vínculo entre Sara Eccleston y Sarmiento se dio por intermedio de las hermanas Elizabeth y Mary Peabody, pertenecientes al círculo intelectual de la alta sociedad bostoniana. Diez años antes, Elizabeth había fundado en los Estados Unidos el primer jardín de infantes y dedicó los siguientes a difundir el ideario de Froebel por todo el país. Mary, por su parte, era la esposa del célebre estadista y escritor Horace Mann. Sarmiento sentía especial devoción por este hombre y también por su esposa, con quienes intercambiaría cientos de cartas a lo largo de su carrera política. Sarmiento miraba a Estados Unidos como al país que había que imitar y su sueño era brindarle a la Argentina un sistema educativo comparable a los mejores del mundo. Fue así como concibió la idea -que le valió el mote de “loco”- de importar maestras de los Estados Unidos, un proyecto que Mary Peabody apoyó con fervor.

Argentina y Japón no podían compartir pasados más diversos, pero en aquel “momento bisagra” de fin de siglo los aunaba el deseo ferviente de pasar a la modernidad, para lo cual ambas naciones (o al menos algunos de sus jefes) comprendieron que sin educación, eso sería

imposible. Y en 1877, la educación no pasaba solamente por la escuela elemental, la secundaria y la universitaria. Era necesario comenzar por los más pequeños, siguiendo el camino claramente indicado por Froebel en sus escritos y luego continuado por sus discípulas.

Fue así como unos años después de aquel primer encuentro con Sarmiento, Sara formó parte del valiente contingente de 61 mujeres y cuatro varones que abandonaron la comodidad de sus hogares y trabajos en los Estados Unidos para iniciar una aventura a miles de kilómetros en una tierra de la que apenas habían oído hablar.

Con el aval del entonces presidente Julio A. Roca, Sara Eccleston se instaló en la ciudad de Paraná, en la provincia litoraleña de Entre Ríos. Allí, a los 44 años, Sara aprendió el castellano, se puso al frente del Departamento Infantil de la Escuela Normal de Paraná y desde allí inició su incansable tarea de educar a los niños, entrenando maestras jardineras y ayudando a fundar jardines de infantes en todo el país.

Tanto Clara como Sara comprendieron, además, que debían adaptar los programas a la realidad de cada cultura en sus respectivos países adoptivos. Así fue como el director de la Escuela Normal de Paraná Enrique Carbó Ortiz, afirmaría años más tarde en sus memorias que el kindergarten había evolucionado para «llegar a lo que debe ser (...) un sistema de educación genuinamente argentino y no alemán o norteamericano». Lo mismo sucedió en Japón, donde la educación preescolar desarrolló sus propios métodos y carácter, aunque sin olvidar los principios claves de la filosofía de Froebel.

La epopeya de Sara y los demás “valientes” parece concebida para una película de Hollywood, “donde no faltan revoluciones, epidemias, idilios, asesinatos de presidentes y mujeres que se arriesgan en terrenos desiertos o que deben desafiar las crecientes de los ríos, además de la incomprensión y la intolerancia religiosas”, dijo una vez un conocido periodista argentino, Julio Crespo, autor de un libro sobre las maestras de Sarmiento.

Pero mientras esperamos a que esta película se haga realidad (por cierto no faltaron interesados como la actriz estadounidense Julie Christie, quien alguna vez se mostró entusiasmada por encarar a alguna de aquellas carismáticas maestras), vale mantener viva la memoria de esas “mujeres coraje” que tanto hicieron por el progreso de las naciones.

En el año 2011, Clara tuvo su placa recordatoria en el Cementerio de Aoyama en Tokio, la cual describí al comienzo de esta nota.

En el Cementerio Británico de Buenos Aires, en una fecha imprecisa, las alumnas de Sara Eccleston levantaron un monumento sobre su tumba con la inscripción: *«Como la hiedra adherida al muro, o como la llama sagrada de las antiguas vestales, que no se apagaba jamás, así cumpliste tu misión maestra nuestra; y así nos legaste el fervor de tu alma.»*

Clara y Sara son mi ejemplo y estarán por siempre en mi corazón.

Lecturas recomendadas:

1. **Las maestras de Sarmiento.** Autor: Julio Crespo. Editorial Grupo Abierto, 2008
2. **65 Valiants** (en inglés). Autora: Alice Houston Luiggi. University of Florida Press, 1965
3. **Unión Froebeliana Argentina.** Artículo escrito por Sara Eccleston en la revista El Monitor de la Educación Común del Consejo Nacional de Educación. Año 13, número 249, 1894. Págs. 929-931.
4. **The Woman who brought the joys of kindergarten to Japan.** Artículo sobre Clara Zitelmann, especial para Japan Times. 2016. www.japantimes.co.jp/community/2016/12/14/issues/woman-brought-joys-kindergarten-japan/#.XCvJ6y2ZMdU